

La dificultad de San Pedro

Un día Pedro estaba seriamente preocupado. Quería dejar la Puerta del Cielo y sus deberes, por unos minutos, y llamó a su hermano Andrés para que ocupara su lugar.

Andrés estaba muy dispuesto a fingir de guardián, pero Pedro temía dejarlo encargado.

—Ten mucho cuidado—le recomendó—no dejes entrar a nadie que no tenga derecho. No te guíes por tu propio criterio. Preguntar al Angel Registrador; déjate llevar sólo de las seguridades que él te dé, y recuerda que aquellos que tienen derecho a entrar siempre entrarán, y una pequeña demora no les hará mal, pues jamás hubo hijo de hombre ni hija de Eva que fuera demasiado humilde. Ten cuidado ahora y no cometas ningún error.

Andrés le aseguró a Pedro una y otra vez que seguiría sus instrucciones al pie de la letra, y por fin Pedro salió presuroso hacia el trono, ya que el asunto que le llevaba no admitía demora.

Por el camino encontró a Jesús, y después de cierta vacilación no pudo contenerse y le contó lo que pesaba sobre su corazón oprimido:

—Ha pasado una cosa terrible, Maestro—comenzó a decir—, y quiero que sepas que no tengo la culpa. He sido encargado de la custodia de la puerta; jamás la he dejado un solo minuto hasta ahora; te doy mi palabra que nunca he dejado penetrar una sola persona que no tuviera una hoja perfectamente limpia. Nadie puede sentir mayor gratitud por los privilegios del Cielo que yo. Tú me crees, ¿verdad?

Jesús inclina su cabeza con ojos sonrientes.

—Estoy seguro, Pedro, que has sido un admirable guardián—dijo—¿pero qué es lo que ahora te preocupa?

—El otro día—comenzó a decir Pedro, fijando en el Maestro una intencionada mirada de soslayo—, el otro día, me encontré con una niñita ciega a quien estoy seguro que jamás dejé entrar en el Cielo. Oh, Maestro, ¿alguien está franqueando la entrada; nada puedo hacer y recaerá sobre mí la culpa de otra persona.

Jesús puso su mano sobre el hombro de Pedro.

—No solemos culpar con facilidad, ¿no es verdad, Pedro? ¿Pero quién crees que está permitiendo la entrada?

—No puedo dormir ni comer pensando en esto—repuso Pedro

evasivamente—y te ruego que me ayudes.

—¿Cómo puedo ayudarte?—preguntó Jesús.

—Ven esta noche a las once, cuando todo esté tranquilo. Te enseñaré lo que está pasando.

Jesús le miró con cierto asombro, pero contestó con sencillez:

—Estaré contigo, Pedro.

Aquella noche Pedro tomó a Jesús de la mano guiándole a lo largo del muro hasta el primer gran baluarte; entonces le susurró que aguardara en la sombra y observara. Y he ahí, que unos minutos más tarde vislumbraron una figura de mujer junto a la muralla almenada. La vieron despojarse de su cinturón y dejar caer uno de sus extremos por el muro. A los pocos minutos un jorobadito trepó, dió uno o dos pasos vacilantes y se

postro ante la mujer besándole el borde de su túnica.

En seguida Jesús retiró a Pedro de allí y al encaminarse hacia la puerta, donde no podían ser escuchados, El dijo:

—¿Es mi madre!

—¡Sí, es María!—empezó a decir Pedro—¿y qué puedo yo hacer? Aquellos que ella deja entrar, son todos deformes como este mísero jorobado; ella sólo ayuda a los mutilados, los contrahechos y los ciegos y a quienes padecen de llagas sangrientas y pútridas—criaturas horribles—que avergonzarían hasta a una ciudad terrena. ¿Pero qué puedo hacer yo, Maestro?

—¡Pedro, Pedro!—dijo Jesús, fijando en él sus grandes ojos luminosos—. Tú y yo, no tuvimos siquiera una deformidad en nuestro abono...

EL RECUERDO...

(Viene de la pág. 17)

ras de merecido ocio y descanso!

Las luchas de la juventud son el triunfo y colmada alegría de la vejez.

La fidelidad de sinceros amigos será mañana la punzante espina de taimadas amistades.

Hoy la lealtad y abnegación de la honrada esposa será mañana lágrimas de amor del infiel esposo.

El recuerdo nos avalora las cosas tales cuales eran. Y el precio que da el recuerdo es el valor que permanece inmutable... ¿pensamos dudando ahora lo que mañana veremos cierto!

El recuerdo lleva dos corajes: el amor agradecido o el tardío arrepentimiento... ¿quién no admira el complejo psicológico de nues'ro ser? El recuerdo de las buenas obras corresponde al amor agradecido... la cordial gratitud... por los malos pasos y por aquellos perversos instantes de más perversas amistades llora triste y solitario el tardío arrepentimiento... El recuerdo es placentero si los hechos han sido buenos... congojoso si reprobables.

Invocación

A una flor de mis ensueños,
Albi Dampios.

*Inspiradora Musa de mis dolientes versos
que encendiste en mi vida un sublime querer;
¿cuándo volverás a mis tiernos brazos
a borrar con un beso mi largo padecer?*

*Te quise como nadie con pasión y cariño
que llenaron mi pecho sediento de calor,
y a pesar de tu ausencia te quiero más que nunca,
viviendo y delirando en medio del dolor.*

*Concédeme siquiera un rayo de esperanza
que alumbre las tinieblas de mi mortal desdicha
y aparezca radiante en mi negro horizonte
la visión esplendente de mi pasada dicha.*

*La nube que mi vida empaña con tristeza
pasará al retornar tu imagen idolatrada
que en mi numen jamás se pierde ni se borra,
¡pues de cerca o de lejos, estás en mí, mi Amada!*

*Te adoro, amada mía con amor inalterable,
con el mismo cariño y con pasión sincera,
y a pesar del olvido y tus frios desdenes,
sigues viviendo sola en mi inmortal Quimera.*

*Con mi dolor a solas en mi recuerdo vives,
sólo con mis laudes en mi jardín desierto,
voy contando las horas de tu vuelta a mi lado,
y en mí yo te presiento, 'ya soñando o despierto'*

José L. Neri

Manila, Julio de 1950.

EN LA SOMBRERERIA



Don Cosme se prueba muchos sombreros y al fin dice:
¡Que bien me queda este!
¿Cuánto vale?
El sombrerero—Nada, señor, es el mismo que usted trajo.